

METEOROS DE PEREIRA

Francisco Sosa Wagner

Hay quienes producen chorizos, alcayatas o camisetas de verano, hay quienes van de aquí para allá con un móvil encendido diciendo tonterías e intercambiando mensajes superfluos, hay quienes aprovechan cualquier ocasión para endilgar a un prójimo propincuo un rollo extenso y enrevesado. Hay... hay muchos tipos humanos, las más de las veces sujetos aburridos y pedantescos. Pero hay también personas que hacen el bien: cuidando a un enfermo, atendiendo a un necesitado, distribuyendo palabras de consuelo. O escribiendo libros.

A estos últimos se les llama escritores, los alemanes han solido distinguir entre quienes llenaban cuartillas y quienes atesoraban el astro creativo, y para estos reservaba el nombre «bien bonito» de poetas. Es una distinción fecunda porque resulta claro que una cosa es escribir un tratado de obstetricia o un libro de derecho administrativo -perversión esta última muy rebuscada- y otra dar a la imprenta ocurrencias imaginativas, llenas de frescura y horneadas para el deleite de los más sentidos más nobles.

Leer los frutos de estas personas es una de las aventuras más selectas que se pueden emprender porque nos sacan de la rutina agostadora y logran aparcir nuestras manías más concienzudamente cultivadas.

Una vida bien aparejada está llena de novelas y de poemas que son el contrapunto de las hipotecas y las facturas del banco. Escritos de autores vivos y de autores muertos. Estos últimos han dejado su retrato listo para la historia y para el juicio final que toma la forma de tratados de literatura. Con los vivos hay que andar con más cuidado porque se corre un peligro, a poco que nos descuidemos: conocerlos personalmente.

Entonces, en esta aciaga circunstancia, lo que en la mayoría de las ocasiones encontramos es un ser preocupado por los derechos de autor, por una conferencia a que le va a invitar un concejal de su pueblo, o por meter el dedo en el ojo al colega que vive pared por medio. Es un hecho constatado, para quienes gustamos de la literatura, que un mandato inesquivable es procurar no conocer a las personas a

quienes se lee porque la decepción está prácticamente asegurada. El escritor forajido o fuerapuestas ya no existe. He contado que, en una ocasión, contemplábamos Emilio Alarcos y algunos amigos, una foto donde se veía, tumbados en sendas hamacas, a Borges y a Torrente Ballester. Le pregunté a Alarcos de qué hablarían. Su respuesta fue fulminante: no tengas duda, Paco, de las mejores píldoras para ir al water.

Para desesperación de la lógica, hay excepciones que confirman la regla. Una de ellas es la de Antonio Pereira. A su obra me he referido en otras ocasiones, subido en esta columna de muecín escéptico, para poner de manifiesto su facilidad para enjaretar historietas, mentiras gordas y mentirijillas, y así, este hombre que contempla la vida desde una altura de años ya cuajada, da a luz libros y más libros, reediciones siempre corregidas, ocurrencias nuevas, todo con palpitos de buenas letras.

Pereira ha querido ahora recordarnos su obra poética que ha corrido paralela con la de escritor de cuentos, palabra esta que a él le gusta pero a mí no: prefiero las de narración o novela corta (o capricho, al modo de los músicos que titulan de forma simple pero expresiva). En esta labor se ha desempeñado como un maestro admirado e incluso ha sido traducido a idiomas de herejes. Ahora nos da su obra *Meteoros, poesía 1962-2006* que nadie con buen diente debe dejar pasar, porque en ella se adivinan los fulgores del poeta que convierte en verso la garrula realidad. Y, sobre saber hacer so, Pereira, es encima una expelente persona; envidiado, no envidioso. Como decíamos en Roma cuando departíamos con Horacio: rara avis.